

Opus menckeniana

Christopher Domínguez Michael

H.L. Mencken (1880-1956) es una de las figuras más interesantes del periodismo y del pensamiento americanos. Libertario, iconoclasta, crítico acérrimo del puritanismo norteamericano y del cristianismo, su obra se ha convertido en un ejemplo del pensamiento crítico actual. Christopher Domínguez Michael, autor de Tiros en el concierto, Servidumbre y grandeza de la vida literaria y Vida de Fray Servando, aborda en este ensayo la obra del gran pensador norteamericano.

a G.S.

*There is no man in Christendom who is less a Christian than I am.
But here the dead hand grabs me by the ear.*

H.L. Mencken, *The Poet and his Art*, 1922

1. INTRODUCCIÓN

The truly religious man can never be really tolerant and humble. Either he must retreat to the snobish shades of mysticism or he must arm himself with an ax. The Beatitudes are as incomprehensible to him as the epigrams of La Rochefoucauld. He cannot imagine a heretic beheaded for anything save the fires of Hell. Always his demand is for pastors who carry side-arms and are ready to take the field. He is happiest when crusades are on, and saddest when the police forbid them (1928, p.197).¹

¹ A partir de esta cita todos los epígrafes provienen de *The Gist of Mencken: Quotations from America's Critic*, Ma y o Du Basky editor, The Scarecrow Press, Metuchen, New Jersey and London, 1990.

En 1931, cuando León Trotsky estaba desterrado en la isla de Prinkipo, en el mar de Mármara, su biblioteca se incendió. Tal parece que el fuego lo ocasionó accidentalmente uno de los nietos del revolucionario ruso y que no fue obra, como se había temido, de la persecución del gobierno soviético. En el otro lado del mundo, Henry Louis Mencken, un crítico y periodista estadounidense, se enteró del accidente sufrido por Trotsky y le escribió de inmediato, ofreciéndole como regalo algunos libros (no sé cuántos ni de qué materia) para que comenzase a rehacer su biblioteca. Trotsky nunca contestó a la carta de Mencken.

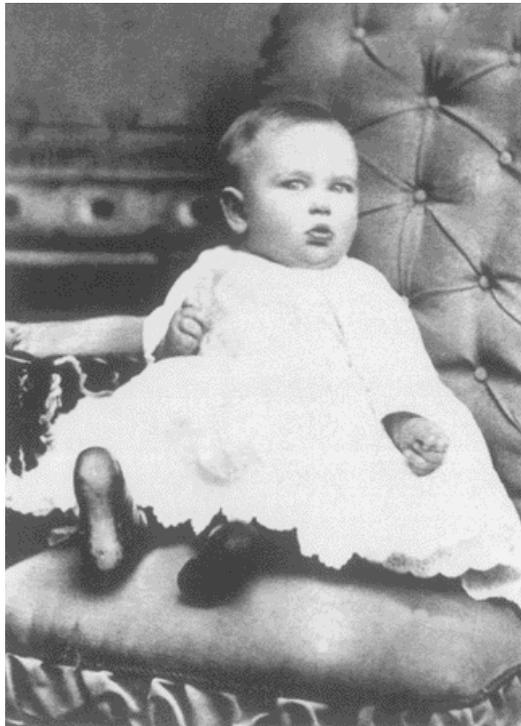
En apariencia, era difícil que en ese momento hubiese sobre el planeta dos hombres más distintos que Trotsky y Mencken, uno nacido en 1879 y el otro en 1880. Mencken era un individualista radical que se mofaba de todas las Iglesias, detestaba al socialismo en cualquiera de sus formas y es probable que fuese un crítico aún más despiadado del mundo moderno que el jefe del Ejército Rojo. Pero ambos, admiradores de Darwin,

se habían educado en el culto por el progreso científico, los dos eran discípulos de filósofos alemanes (uno de Marx, el otro de Nietzsche) y cada uno soñaba por su parte en un mundo sin Estado. Trotsky creía que a aquella utopía se arribaría mediante la imposición de una paradoja: la dictadura armada del proletariado. Mencken consideraba que la intransigente libertad del individuo, ejercida de manera cotidiana, desarmaría al gobierno fuerte, intruso y todopoderoso. Ambos compartían, en fin, esa superstición victoriana que consiste en creer que uno de los grandes instrumentos para transformar el mundo está en escribir virulentos artículos en los periódicos.

Mencken nació el 12 de septiembre de 1880 en Baltimore, Maryland, y hasta su muerte, ocurrida en 1956, nunca abandonó su ciudad natal y tampoco, salvo durante los años de su breve matrimonio, se mudó de casa: el 1524 de Hollins Street. Nieto de alemanes e hijo de un tabacalero muy industrial, Mencken nació en un hogar burgués y muy joven recibió “el llamado celestial del periodismo”, al cual sirvió como recadero, reportero de nota roja, corrector, editor y editorialista (el primero en firmar semanalmente sus artículos), gerente, reseñista literario y comentarista musical. Siempre desde Baltimore, fue el alma de *The Morning Herald*, *The Sun*, *The Evening* y de otros periódicos regionales. Con *The American Mercury* inventó, entre 1925 y 1933, lo que actualmente llamamos el periodismo cultural y fue, durante aquellos años veinte, el “líder de opinión” más leído y polémico de los Estados Unidos. Su especialidad era cubrir, mediante crónicas sabrosas, violentas e hilarantes, las convenciones demócratas y republicanas que cada cuatro años postulaban a los candidatos a la presidencia. Todavía en 1948, poco antes de quedar inválido, cubrió la contienda entre el presidente Truman y Thomas Dewey.

El periodismo, según Mencken, sólo tenía sentido como actividad opositora y es legendario el odio (naturalmente recíproco) que le profesó al presidente Franklin Delano Roosevelt, ante cuya muerte anotó en su diario: “Fue el primer americano en penetrar en las profundidades de la estupidez del vulgo. Nunca cometió el error de sobreestimar la inteligencia de la muchedumbre”.²

El súper ateo Mencken detestaba el puritanismo y escribió sátiras formidables contra la Prohibición. Las Iglesias comprometidas contra la libertad de conciencia tuvieron en él a un rival pesadillesco, en la prensa y en los juzgados. En 1923 se hizo famoso, en el célebre caso de Dayton, Tennessee, defendiendo la libertad de enseñar la teoría de la evolución en las escuelas públicas. No se hubiera sorprendido Mencken de que medio siglo después continuase, en “el cinturón de la *Biblia*” que él bau-



Henry Louis Mencken, 1880

tizó, la puja imbecil de los creacionistas. Junto al fundamentalismo cristiano, a Mencken le repugnaba la causa del sur y toda defensa de la sociedad agraria tradicional. Tampoco le simpatizaban Los Ángeles, la gran fábrica del mal gusto de las masas ni Nueva York (a donde iba y venía a trabajar varias veces al mes) y no le caían bien ni los quiroprácticos, ni los judíos, ni los negros. Incurrió en el antisemitismo, una de las causas de la condescendencia con que lo sigue tratando buena parte de la opinión literaria, como lo ratifican sus biógrafos más recientes.³ Y su creencia en la inferioridad de la raza negra se compensa con su invariable denuncia del Ku Klux Klan y sus crímenes, en una época en que era de mal tono hacerlo con furia y frecuencia.

Como el doctor Samuel Johnson, con cuyo ejemplo se medía, Mencken fue un notable lexicógrafo, autor de *The American Language* (1936). Igual que algunos de sus contemporáneos españoles que temían (como Américo Castro ridiculizado por Borges) la división del español en varios dialectos sudamericanos, el crítico creyó que el inglés norteamericano marchaba a la secesión y que se convertiría, tarde o temprano, en un idioma aparte. En el extremo contrario de Henry James, la prosa de Mencken apostó por el localismo, el argot, la exageración vernacular.

² Charles A. Fecher editor, *The Diary of H. L. Mencken*, Knopf, New York, 1989, p. 360.

³ Fred Hobson, *Mencken: A Life*, Random House, New York, 1994 y Terry Teachout, *The Skeptic. A Life of H.L. Mencken*, Harper & Collins, 2002.

Mencken escribió miles de artículos y numerosos libros, entre los cuales *A Mencken Chrestomathy* (1949) es uno de los libros más leídos en la historia literaria de los Estados Unidos. Su paleta era tan variada que le venía bien el sueño de escribir su propia enciclopedia: la liberación de la mujer, el sexteto para cuerdas de Brahms, el origen de las religiones, los deberes morales del ciudadano, la filosofía de Nietzsche, su autobiografía y una antología de los insultos que había recibido durante toda su carrera, fueron algunos de sus temas. Admirador temprano de Bernard Shaw y de Joseph Conrad, tuvo a Mark Twain como su verdadero maestro. Fue un siluetista, un caracterólogo y un caricaturista. Por sus virtudes y por sus no en pocas ocasiones colosales defectos, Mencken es uno de los ejemplares más característicos del genio de los Estados Unidos: audaz, pragmático, inventivo, ingenuo, filisteo, oportuno y oportunista.

No sabemos por qué el estadounidense se compadeció de Trotsky, exiliado en Turquía y sin biblioteca. La vida de Mencken no abunda en actos caritativos pero en ella son muy visibles esa clase de decisiones carismáticas, dictadas por la propia e insobornable conciencia de uno de esos irritantes personajes que siempre saben lo que debe de hacerse y cómo hacerlo. Mencken no es muy popular en los Estados Unidos pues cometió el pecado de ser un pesimista en el país más optimista.

2. NIETZSCHE Y SHAW

One of the most curious of human delusions lies in the theory that cynics are unhappy men —that cynicism makes for a general biliousness and malaise. It is a false deduction, I believe, from the obvious fact that cynics make other men unhappy. But they are themselves among the most comfortable and serene of mammals; perhaps only bishops, pet dogs and Broadway actors are happier (1925, p. 161).

Quienes piensan que el dominio de la lectura literaria tuvo su clímax durante las primeras décadas del siglo XX y que después de la Segunda Guerra Mundial el impulso, iniciado en la tercera o cuarta década de la centuria anterior, empezó a detenerse, tendrían en Mencken un argumento a favor de su punto de vista. Que Mencken llegase a ser “the most powerful private citizen in Ame-

rica”, como lo llamó Walter Lippman y que la Gran Depresión volviese intolerables sus opiniones para los mismos que lo habían leído con fervor, no se debía a su periodismo político de oposición (él no creía en que cualquier otro valiese la pena) sino a su influencia como crítico en una sociedad donde el prestigio del libro y de la experiencia literaria habían alcanzado su cénit.

Mencken dio comienzo a su carrera como crítico, asociado con George Jean Nathan, en *The Smart Set*, una pequeña publicación dependiente de *Town Topics*, revista de sociedad que llegó a tirar ciento sesenta y cinco mil ejemplares en 1905. Cuando el par de amigos la tomaron, *The Smart Set* era una revista para aficionados caracterizada por lo que el propio Mencken llamaría *beliogabalismo*, es decir, el gusto decadentista emblematizado por los excesos y las perversiones de aquel emperador que pintores, dibujantes y escritores como James Whistler, Aubrey Beardsley y Oscar Wilde tenían como penate. Con la ayuda de un tercer colaborador (William H. Wright), Mencken y Nathan convirtieron *The Smart Set* en una publicación más abierta a la vanguardia y a lo que los anglosajones llaman, con mayor precisión, *modernism*. Más que a Franz Wedekind, a Gabriele D’Annunzio y a George Moore, *The Smart Set* publicó, en un ciclo que terminaría en 1924, a escritores como W.B. Yeats, a August Strindberg y a D.H. Lawrence.

Tras fracasar, proverbialmente, con un primer libro de poemas y con algunos cuentos desperdigados aquí y allá, Mencken, recomendado por el novelista Theodore Dreiser, cambió la nota roja por la crítica literaria. En pocos años se convirtió en algo más que un reseñista: en el autor de los primeros libros escritos en los Estados Unidos sobre Shaw (*G.B. Shaw: His plays*, 1905) y sobre Nietzsche (*The Philosophy of Friedrich Nietzsche*, 1908). Flanqueado por los grandes árbitros de la cultura del Novecientos, Mencken se transformó él mismo en un mito que lo publicitaba como un prodigio nunca antes visto y que probablemente no se volvería a ver, el de un abogado de la literatura moderna cuya inusual vivacidad prosística le permitía defender y ganar, mejor que nadie, sus casos ante el público.

De Shaw, qué duda cabe, Mencken tomó muchísimo: la sabiduría iconoclasta, la exageración hiperbólica, el uso del contraste descabellado. Su propia opinión sobre Shaw fue cambiando y al final consideró que al irlandés

Mencken es uno de los ejemplares más característicos del genio de los Estados Unidos: audaz, pragmático, inventivo, ingenuo, filisteo, oportuno y oportunista.

lo perdió su carácter de eterno convicto del *scandalum magnatum*, la obligación contraída de decir, metódicamente, lo que se suponía que la gente pensaba pero que no se atrevía a decir. Shaw, concluyó Mencken, sólo había tenido una idea que explotó de variadísimas y exitosas maneras: que Jesús, de volver a la Tierra, sería condenado y crucificado otra vez, convicción que compartían Emma Goldman, Tolstoi o Dostoievski. Compartir o pregonar esa idea le parecía a Mencken distintiva de los modernos filisteos.

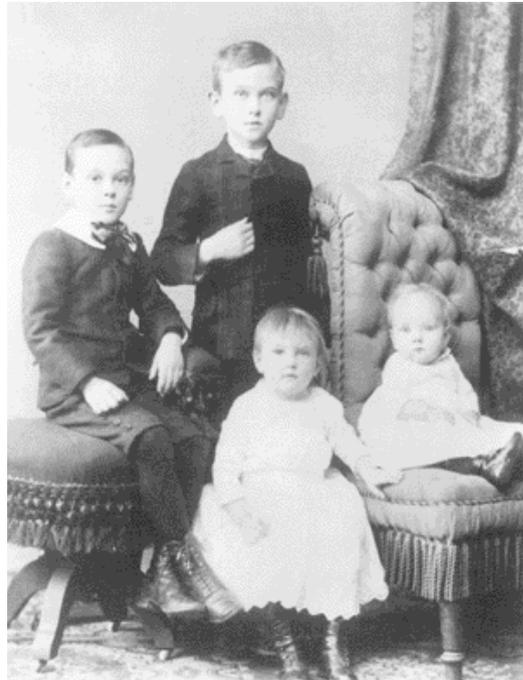
La influencia de Nietzsche fue más superficial. Pocos pensadores estaban destinados a anegar (y a penetrar) una superficie tan vasta. El de Nietzsche era una suerte de evangelio que tuvo un prolongado éxito periodístico y Mencken se destacó en esa prédica: la supremacía de lo dionisiaco sobre lo apolíneo, la esclavitud de la masa y la servidumbre del público cristiano, el superhombre. Nietzsche mismo, antes de enloquecer llegó a sorprenderse vivamente del éxito que la filosofía logró a precisamente entre aquéllos contra los que había sido escrita: entre los socialistas, los bohemios y las mujeres educadas. Esa ansiedad un tanto difusa que asociaba al “solitario de Sils Maria” con un nuevo orden y una nueva moral no la compartía Mencken del todo, más concentrado en tomar la lección de Nietzsche como pensador anticristiano y antidemocrático. En el sentido estricto de la palabra, Mencken fue un vulgarizador de Nietzsche y los sofisticados nietzscheanismos que la Academia ha ido presentando a lo largo de las décadas le eran ajenos.

3. CONTRA LA POESÍA

The moon is a huntsman's bow of sterling silver. The eyes of Gladys are like deep pools in a dark forest. And so on. What remains is music. Tropes that are logically and evidently defensible are often exemplarily pleasing, but they are not poetry (1921, p. 36).

Mencken se ejerció como publicista filosófico, como crítico teatral y como lector de poesía. Escribió constantes reseñas teatrales entre 1901 y 1903 hasta que los empresarios se quejaron con el editor de *The Morning Herald* de que los varapalos del joven crítico les arruinaban las temporadas. Tampoco fue sencilla su relación con la poesía, género que a veces decía detestar. Esa antipatía (como tantas otras que son resultado del genio autodestructivo de Mencken) debe someterse al contraste de lo que él mismo escribía.

A Mencken le irritaba la exaltación de lo lírico, prejuicio que lo delata como un muchacho de gusto anticuado: lo poético era una propiedad de lo victoriano y en un Robert Browning era en lo que estaba pensando cuando se quejaba de la poesía. Rechazaba lo pálido, lo



Charles Mencken, Henry Louis Mencken, Gertrude Mencken y August Mencken II, 1890

mórbido y lo verboso que del romanticismo, convertido en una moralidad de clase media, sobrevivía entre los lectores de los prerrafaelitas. Esa incomodidad debería haberlo acercado a la nueva poesía, pero no fue así: tras titubear ante *Provença* (1910), la primera colección de poemas de Ezra Pound publicada en los Estados Unidos, Mencken acabó por darle la espalda a todo el *modernism*, lo cual es uno de los cargos que suelen presentarse en su contra. Mencken es el crítico característico de la literatura inmediatamente anterior a 1922, el año de *Ulises* y de *La tierra baldía*: no en balde el ídolo moderno de Mencken es una figura fronteriza como Joseph Conrad.

No es que Mencken desconociese la dimensión poética de la vida. Sus palabras contra la poesía las hubiera firmado Witold Gombrowicz, veinte años después, en su convincente alegato contra los poetas, escrito en Buenos Aires en 1947. Lo que a Mencken le fastidiaba eran “los versos” y la atribulada significación filosófica que se les atribuye.

Aunque más interesada en el sonido del verso que en las imágenes, la noción menckeniana de poesía comulgaba, en un principio, con el imaginismo. Mencken consideraba que un poema valía esencialmente por su música y que la poesía era, como el alcohol convenientemente bebido, un escape ante el tedio y la desesperanza de la vida. La mujer, dijo, se entrega a los efluvios de la religión mientras que el hombre sensible se consuela con la poesía. Pero el verdadero sabio se distingue —y Mencken ejemplifica con su archihéroe Charles Darwin— por jamás recurrir ni a la teología ni a la lírica.



Henry Louis Mencken con sus padres y sus hermanos, Mount Washington, 1892

Digámoslo con Mencken: una cosa es admirar a una niña bonita perfectamente arreglada y otra muy distinta es casarse con ella. En un poema, esa niña nos sonrío y nos encandila pero en cuanto hacemos la prueba —que para él era decisiva e indubitable— de traducir esos versos a la prosa, lo que encontramos suena idiota. El contenido de las obras de Shakespeare es a veces pueril e incomprendible y sólo a los pedantes, remata Mencken, les interesa perder el tiempo interpretando el “proceso mental” de Hamlet o lo que Otelo dice sentir. Lo que vale, lo que perdura es la música. Así lo dice en “The Poet and his Art” (1922) y en “The New Poetry” (1927), los principales textos dedicados al asunto de la poesía en *A Mencken Chrestomathy*.

Las opiniones menckenianas sobre la poesía y la música pueden no ser muy relevantes y es probable que sólo sean anecdóticas, malhumoradas y fariseas —siempre hay algo fariseo en el convencimiento rotundo con que habla Mencken. Su estrecho formalismo, decía T.S. Eliot, era una ineludible necesidad que lo llevaba a destruirlo todo con una facilidad muy llamativa. Pero debe decirse que es uno de los pocos escritores que al hablar de música (y relacionarla con la poesía) no se están refiriendo a la música de las esferas o a una abstracción más o menos sensitiva. Mencken fue algo más que un melómano: fue un pianista aficionado que tocaba música de cámara con sus amigos todos los sábados en la noche. Y también puede inferirse, en ese caso, lo contrario, es decir, que la melomanía y el buen gusto musical no son prenda suficiente para comprender la poesía moderna. A Mencken,

decía Louis Kronenberger, le sobraba inteligencia y le faltaba gusto.

4. TEORÍA DEL GENIO

As a critic, I regret nothing. I have made some mistakes, but on the whole I have been on the side of sound artists and against frauds. My judgements, as I look back upon them, have been pretty good. The men I was advocating in 1908 are all viewed with respect today: the fakes I then attacked are now forgotten. I have been, at times, very cruel, but I do not regret it. A bad writer had no rights whatever. Any mercy shown to him is wasted and mistaken (1925, p. 559).

En pocos años Mencken se convirtió en un anticuado que había depositado su fe en escritores populares como Mark Twain o sospechosos de serlo, como Conrad. A la mayoría de los críticos literarios les fascina el problema del genio y de su gradación y Mencken no fue excepcional al calcular cuántos seres había en la línea evolutiva entre el hombre común y el inmortal, qué era el talento y qué era el genio y cómo se distribuía en los hombres de letras. En eso se parecía mucho a alguno de los heterónimos de Pessoa, al que escribió y no publicó, a fines de los años veinte, los papeles póstumos conocidos como *Eróstrato o la búsqueda de la inmortalidad*.

La facultad crítica se debe a la forma y en ésta sólo sobresalen los escritores de primer rango. En ese orden categórico, Mencken separaba a los autores propiamente

Mencken se identificaba con un Twain investido con los poderes de la autoridad académica, maestro del carácter, del alma y de la filosofía estadounidenses.

contemporáneos, los que sólo importan en su tiempo (sus ejemplos eran Conan Doyle y D'Annunzio), los que brillan en la oscuridad (Henry James, Lafcadio Hearn, Arthur Schnitzler) y a quienes llamaba “los genios oscuros”, entre quienes estaban Stendhal y Max Stirner.

Entre los estadounidenses realmente importantes destacaba a Nathaniel Hawthorne un hombre de pesadillas, el infeliz habitante de un mundo pequeñísimo, sujeto de interés más bien psicológico (lo que para Mencken era una descripción muy negativa). A Whitman, a su vez, nunca estuvo del todo dispuesto a reconocerle todo lo que el poeta significaba: *Hojas de hierba* es de los pocos libros ante los que Mencken se siente genuinamente amenazado. La profecía laica y mística de Whitman le parecía al crítico un circo y la gran democracia del poeta, un fragmento imaginario tan distante de la realidad como la vida política eclesiástica lo estaba del Sermón de la Montaña. Nunca entendió a Melville, como nunca entendió, acaso su pecado más grave, a William Faulkner. A su paisano Poe lo tenía bien estudiado pero lo consideraba un poeta menor (aunque las ideas poéticas de Mencken se nutrieran de él) y un prosista que por su *heliogabalismo* se alejaba de la solitaria cumbre habitada por Mark Twain, quien sobreviviría en los museos, decía Mencken, como un ejemplar único del *homo americanus*.

Twain (a quien a pesar de nunca haberlo conocido a veces lo llama Mark) era para Mencken un genio a la vez universal y nacional. Equivale Twain, en su escala, a lo que ha sido Pushkin para los rusos: la estrella de la mañana, el astro fugaz y el planeta que anuncia el crepúsculo. Twain, afirma sin ninguna duda el republicano y libertario Mencken, es “el primer artista norteamericano de genuina sangre azul”,⁴ declaración que el propio Mencken va midiendo con esa gracia que tienen los estadounidenses para la admiración hipercrítica.

Cuando Mencken hace el elogio de Twain, con motivo de su muerte en 1910, éste era ya el candidato a convertirse en el último de los Padres Fundadores y un periodista muy famoso considerado un escritor para jóvenes y adolescentes, él mismo un escritor-niño que luchaba desesperadamente por salir de esa larga niñez y

enfrentarse a la belicosa democracia expansionista en que se convertían los Estados Unidos tras la Guerra Civil. En toda la crítica que escribió sobre sus colegas, por ejemplo, Henry James sólo cita a Twain una sola vez: una sola vez en mil páginas. La estima estrictamente literaria de Twain estaba todavía lejos de haber sido del todo acreditada y hacerlo fue una de las misiones más felices y complicadas en las que intervino Mencken, quien se empleó a fondo en el caso.

Huckleberry Finn (1885), sobre todo, le parecía la Biblia de los Estados Unidos, el primer libro que le había tomado el pulso al carácter nacional, una obra destinada a quedar como la forjadora de “the american language” y Huck mismo una criatura del tipo de las moldeadas por Rabelais, Cervantes o Shakespeare, idiosincrático e irrepetible como si hubiese sido sacado brutalmente del mármol por Miguel Ángel. Los otros clásicos (la gente de Concord y Poe) eran, a su lado, figuras de cera. Menos que el narrador de la aventura fluvial en el Mississippi que se convierte en metáfora de la vida, Mencken se identificaba con un Twain investido con los poderes de la autoridad académica, maestro del carácter, del alma y de la filosofía estadounidenses. Podría haber sido el *konzertmeister* de la literatura de los Estados Unidos, se quejaba el crítico, prudentemente dubitativo frente a las dimensiones de su héroe. Twain dejó una ingente cantidad de escritos



Mencken tocando el piano, Hollins Street, 1928

⁴ William H. Nolte editor, *H.L. Mencken's Smart Set Criticism*, Gateway, Washington, 1987, p. 179.



Mencken en 1903

inéditos que fueron modificando la lectura de su obra, papeles que quedaron, como suele ocurrir casi invariablemente, al arbitrio codicioso y beato de sus herederos, como lo lamentó Mencken.

La pasión por Twain era la única devoción que el escéptico podía permitirse. Estaba dispuesto a insistir en todos los defectos de su maestro, sobre todo en su cobardía, en su debilidad de carácter, en el temor que, a ese ateo que se consideraba satánico, le causaba herirse a sí mismo hiriendo a otros. Pero da la impresión de que Mencken enumeraba los defectos de Twain para asegurarse que él mismo no incurriría en ellos.

5. EL LECTOR DE NOVELAS COMO IDIOTA

When one happens upon a novel of sound interest, it is apt to bear imprint of some small and newly-hatched experimentalist, no yet christened by experience (1928, p. 605).

El 15 de febrero de 1930 Cyril Connolly y Jean, su primera esposa, tomaron el *SS Bremen* en Nueva York con destino final en las islas griegas. A bordo se encontraba H.L. Mencken y gracias a él, los Connolly tuvieron un estupendo viaje con mucho trago y conversación brillante.

Pero nada ha quedado registrado de lo que hablaron en ese encuentro en alta mar, dos de los grandes críticos de la lengua inglesa. Es muy probable que se hartaran de hablar de novelas. Lectores glotones del género, ambos fueron víctimas de una invectiva recurrente: al cumplir la ley del oficio que lo obliga a leer innumerables malas novelas, el crítico se vuelve idiota.

En natural contraste con Connolly, un cuarto de siglo más joven, Mencken fue un mal modernista y leyendo *The American Mercury*, la revista que animó en los años veinte, se comprueba que sus reticencias estaban mucho más cercanas a los prejuicios de los filisteos a los que combatía más de lo que hubiera admitido. Terry Teachout, en *The Skeptic*, saca la oprobiosa cuenta: es imposible encontrarse con Mencken en el estreno mundial de la sinfonía para órgano de Aaron Copland en el Carnegie Hall o haberlo visto en la exhibición que Alfred Stieglitz hizo de las últimas acuarelas de John Marin o contarle como público, en el Casino Theatre, de *I'll Say She Is* de los hermanos Marx.

En 1928 *The American Mercury* tiraba, con el respaldo del gran editor neoyorkino Alfred Knopf, setenta mil ejemplares a la semana. Era una revista *to ny* indiferente a la vanguardia pero fue la primera en ocuparse seriamente del *jazz* y publicaba lo mismo a radicales como Emma Goldman y Max Eastman que a George Santayana, Carl Sandburg, Upton Sinclair o Waldo Frank. Sus temas periodísticos eran aquéllos que causaban controversia: el control natal, la pureza racial, el Ku Klux Klan, la Prohibición y el alcohol.

Mencken siguió escribiendo, en *The American Mercury*, para los hombres cultos de su generación, aquéllos que habían cumplido veinte años en la víspera de la Gran Guerra. Pero ello no explica del todo la fascinación que el crítico sentía por el novelista anglo-polaco Joseph Conrad, que había muerto en 1924. Decía Mencken en 1912:

La primera vez que leí *Lord Jim*, me exasperó; la segunda vez me fascinó y la tercera vez me hizo tambalearme por completo. Es, en un sentido, único en la ficción inglesa. Es Dumas y es Stevenson elevado a la dignidad de la tragedia ateniense.⁵

Diez años después, Mencken lamentó que se comparara a Conrad con Knut Hamsun o Rabindranath Tagore, escritores galardonados con el ya entonces codiciado Premio Nobel. Aquello era como hablar de:

Brahms en los términos de Mendelssohn. *Lord Jim* no es una obra maestra fortuita ni es una cumbre aislada. Por el contrario, forma parte de una larga serie de extraordinarias

⁵ *Ibid.*, p. 226.

y quizás incomparables obras... Si no es una obra del genio absoluto entonces no existe genio absoluto sobre la Tierra.⁶

En la literatura contemporánea no encontraba Mencken personajes que rivalizaran con los de Conrad. Kurtz, Nostromo, Almayer o Razumov le parecían criaturas shakespearianas que habían capturado la esencia de lo moderno y lo moderno para Mencken era Nietzsche. Semejantes elogios sonaron disparatados y enloquecidos durante varias décadas. Es curioso constatar cómo, tras la vindicación de Conrad realizada por Borges, la devoción del estadounidense resulta menos hiperbólica que hace cincuenta o setenta años. Autorizado por la bibliografía alternativa al *modernism* que estableció el gran lector argentino, el Conrad menckeniano parece profético. Si Joyce o Proust suscitan elogios de ese tipo, Conrad bien puede merecerlos. Que sirva un gazapo como ilustración: Mencken escribió en 1922 que *El corazón de las tinieblas*, aparecido en 1899, era el gran relato de la literatura en lengua inglesa del siglo XX. Para Mencken la literatura termina y alcanza su culminación con los héroes escépticos de Conrad. La paradoja del escéptico entregado a la épica es nietzscheana y Mencken la asume como tal en su propuesta de lectura de *El corazón de las tinieblas*.

Mencken viajó poco y viajó mal. Pese al orgullo que sentía por sus orígenes alemanes y la idea germánica que tenía de su propia erudición filológica como autotitulado guardabosques del inglés de los Estados Unidos, tenía un conocimiento superficial del alemán, lengua que se atrevía a calificar de absurda, de maligna, de trabajosa. Mencken era esa clase de persona capaz de descalificar un idioma que no domina. Esa pedantería ignorante puede extenderse al panorama que se hacía de la literatura contemporánea. Pero se equivocaba Paul Elmer More, un crítico de mayor temple filosófico, al descartarlo como un periodista ordinario y pendenciero. Mencken había leído mucho y es casi seguro que haya sido el estadounidense más leído de su tiempo. El problema es que era ruidosamente insensible a muchas cosas y lo demostraba con estrépito: en el fondo se complacía en ser el eterno provinciano de Baltimore, un personaje imposible de imaginar tomando el té con Gertrude Stein o haciendo desfiguros en un tanque como Hemingway durante la Liberación de París. Era el hombre que, al contrario de Ezra Pound (a veces, su gemelo y a quien visitó en 1947 en Saint-Elizabeth) había decidido *no influir* en el curso de la literatura universal. En Mencken dominó el genio local como en ningún otro miembro de la familia (de críticos): su provincia fueron los Estados Unidos, el país del futuro. Pero no fue ese genio nacional y romántico que a la juventud de la literatura norteamericana le había faltado, como dice Rene Wellek en su *Historia de la crítica*

literaria. Ese personaje de educador generoso fue otro: Van Dyck Brooks (1886-1963), quien vino a completar la empresa de Mencken.

6. CONSERVADORES SIN TRADICIÓN

My belief is that democracy is fading out of the world. It was unquestionably a more or less noble experiment, but it simply failed to work (1940, p. 352).

La indiferencia de Mencken por las novedades y su ruidosa lectura de autores como Arnold Bennett, H.G. Wells, Max Beerbohm (le encantaba *Zuleika Dobson*), Somerset Maugham o Aldous Huxley entre los más jóvenes, quizá se explique mejor repasando un artículo suyo sobre Zola escrito so pretexto de *Zola and his time* (1928) de Matthew Josephson. Primero habla del extraño eclipse de Zola (eclipse que se ha prolongado hasta el siglo XXI) y nos recuerda que fue un revolucionario, el hombre que intentó llevar a Darwin a la novela.

No tenía Zola, dice Mencken, grandes cualidades artísticas pero si el negocio del novelista es hacerse presente en la agonía del hombre en el mundo, *Germinal*, el libro sobre los mineros, quedaría entre las grandes novelas de todos los tiempos. Al francés le ocurrió lo que a todos los innovadores entusiastas: se apasionó insensatamente con su fórmula y la creyó suficiente para garantizarle la eterna juventud. Su procedimiento, queriendo



Mencken con una joven no identificada, 1922

⁶ *Ibid.*, p. 243.

La democracia era para Mencken una puesta en escena de la dialéctica del amo y del esclavo, en la cual la muchedumbre y los plutócratas intercambiaban uno y otro papel.

retratar a la humanidad sufriente, resultó mecánico y hasta inhumano. Además, concluye, Zola fue una víctima del éxito. Se hizo rico porque amaba demasiado el dinero y no al revés y recibió todos esos honores perniciosos que echan a perder al literato francés: la dignidad casi académica, el fasto de la respetabilidad y la publicidad política.

Para Mencken ese caso Dreyfus que se ha convertido en la piedra sobre la que se sostiene la posteridad de Zola, fue “un pueril melodrama” destacable por la publicitada actuación del novelista. Se comportó como una estrella de cine, comparación que actualmente no nos dice gran cosa pues, al seguir el ejemplo de Zola, es frecuente que los intelectuales se comporten (o sueñen con comportarse) como estrellas de cine, dedicados a las obras pías y al ejercicio ritual de la indignación. Precisamente en aquellos días se popularizó la palabra “intelectual” para calificar despectivamente a los escritores y a los artistas que apoyaban, tras Zola, al capitán Dreyfus.

Mencken, al no entender lo que se estaba jugando con Dreyfus, se convirtió en un extranjero en el siglo XX. Desdénoso ante el caso del capitán judío falsamente acusado de alta traición, ninguna importancia podía tener para él (que no la tuvo), el Holocausto, al cual no mencionó cuando le preguntaron expresamente sobre las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. El antisemitismo de Mencken no fue particularmente agudo en una época en que se consideraba políticamente correcto ser antisemita. Su pecado fue mayor y ha sido indeleblemente señalado por cometerlo: fue una suerte de negacionista que se singularizó por omitir el sufrimiento de los judíos.

Del desprecio por el escritor como heraldo de la buena nueva y de las causas justas se desprende, en parte, su escándalo ante el prestigio de D.H. Lawrence como apóstol de la libertad sexual. Lawrence, a quien se puede incluir con alguna exactitud entre los profascistas, prueba que la bronca de Mencken no era solamente con los escritores de izquierda. Anatole France, por ejemplo, lo llenaba de admiración por su impiedad y su agnosticismo, mientras que Lawrence le parecía un agente publicitario o un vendedor de biblias pornográficas, alguien que había comenzado como artista y terminaba en calidad de un *mad mullah*, un ayatola enloquecido. Como le había ocurrido a Zola. Lawrence era un antiliberal, pero de una familia bien distinta.

Lo que Lawrence vendía le parecía a Mencken la obra psicopatológica de un maniático. Una vez que leyó *Mujeres enamoradas* (1920) afirmó que si aquello era psicología, como lo creían los fanáticos de Lawrence, el mundo había perdido la razón. Su opinión sobre Freud pasaba por otro tamiz: le impresionaba el lado cientifista del psicoanálisis y se vio obligado a anteponer sus reservas desde el campo nietzscheano que él creía dominar. Además, el recontrateo Mencken no podía ni quería pasar por un mojigato. Pe roes evidente que bajo la piel del enterado librepensador que leía a Freud y a Jung con amplio criterio, se encontraba al conservador que leía al psicoanálisis, en clave finisecular, como una moda femenina e histérica.

Se suele olvidar que la resistencia intelectual al mundo moderno (cualquier cosa que esto signifique) fue feroz en los Estados Unidos: sus ideólogos se sentían más expuestos a la intemperie que sus colegas europeos. Irving Babbitt o Mencken (o los agraristas del sur que éste odiaba) no tenían al trono y al altar para guarecerse y las viejas fábulas románticas sobre el origen de las naciones les eran remotas. Es fácil ser tradicionalista con el respaldo de la Acción Francesa, mientras que escritores estadounidenses como ellos tenían que ser conservadores sin tradición lo cual, a menudo, es ser revolucionario. Por eso fueron vehementísimos al alertar a sus conciudadanos ante un torbellino que amenazaba con borrar la pretendida inocencia del “país del futuro”.

7. “EL AMERICANO” COMO PRIMITIVO

I love my country as a small boy loves the circus (1929, p. 28).

Mencken ocupa todo un capítulo en la historia intelectual de los Estados Unidos, la nación propia cuya existencia le asombró en un grado sólo compatible con la hostilidad más grosera. Si bien sus tratadillos políticos, de carácter abstracto, como *Notes on Democracy* (1926) son lo más flojo de su obra, no es gratuito compararlo con otros intelectuales, que nativos o extranjeros, meditaron sobre los Estados Unidos.

La democracia era para Mencken una puesta en escena de la dialéctica del amo y del esclavo, en la cual la muchedumbre y los plutócratas intercambiaban uno y

otro papel. Pero no es tan claro si la llamada “sociedad de consumo”, que desde finales del siglo XIX quedó asociada al capitalismo estadounidense como una segunda naturaleza de impacto planetario, le parecía a Mencken tan indigna de vivirse. Diferentes tipos de puritanos habían condenado moralmente a la sociedad norteamericana por materialista y superflua, por representar una riqueza (en varios sentidos) que el resto del universo no podía tolerar. En ese tenor se expresaban lo mismo los observadores venidos de Frankfurt, como T.W. Adorno, a quien los Estados Unidos le gustaban mucho más de lo que se permitía admitir que Thorstein Veblen, el a menudo genial autor de *La teoría de la clase ociosa* (1899), a quien Mencken le dedicó unas cuartillas demoledoras por su inglés imposible y su palabrería tecnocrática. Junto a ellos, Mencken parece festejar la alegría cultural de aquella civilización y así lo indica el examen de los índices de *The American Mercury*, donde el jazz, la moda o las observaciones ambiguas sobre la mujer norteamericana (espécimen que también fascinó a José Ortega y Gasset) nos presentan al editor como el jefe de un gran observatorio sociológico. Y leyendo *The American Language* en diagonal se obtendría un resultado aún más espectacular. Mencken, en tanto defensor de la “cultura culta” y como abogado del viejo elitismo, habría rechazado violentamente el dudoso honor de ser recordado como testigo o estudioso de la cultura de masas.⁷

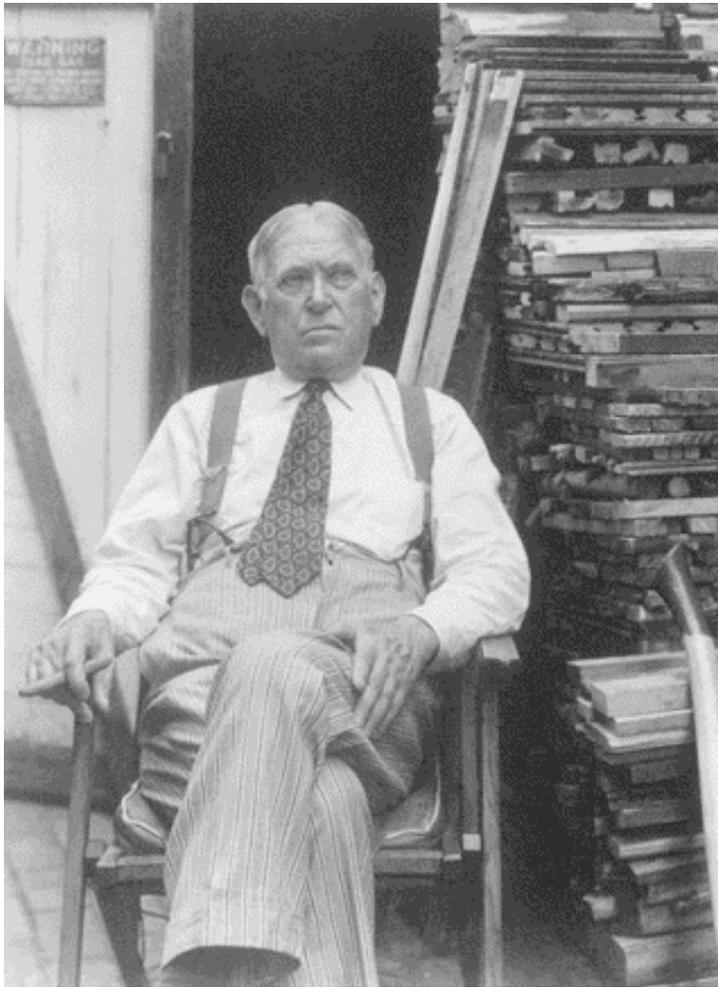
⁷ Mencken tenía a Miguel de Unamuno entre los pocos pensadores católicos respetables y prologó *Youth and Egotism* (Knopf, 1921) de Pío Baroja. Reseñó muy favorablemente *The Rebellion of the Masses* (1932), de Ortega y Gasset. Le habría gustado mucho más Ortega de haber podido leerlo en español. Mencken y Ortega tenían algunas afinidades públicas y no pocas empatías secretas.

El Mencken menos fiable es el que se queja de la ausencia de una verdadera aristocracia en los Estados Unidos. Si el país no tenía historia como para tener una nobleza de sangre, Mencken, nieto aburguesado de un inmigrante alemán, tampoco parecía autorizado para presumir su árbol genealógico. Y cuando dibujaba aquella casta que encontraba ausente, los borradores entregaban la silueta de la aristocracia inglesa, lo cual hacía incongruente su activa anglofobia, peligrosamente probada durante la Gran Guerra. La germanofilia de Mencken, su amor un tanto operático por la Alemania guillermina, dejaba mal parada a su soberbia individualista. Sólo ante Hitler remitió su admiración por el autoritarismo alemán y en ello influyeron los ecos de la *Kristallnacht*, que coincidió, en 1938, con la última visita de Mencken a la tierra de sus ancestros. Entonces sintió alguna compasión por la suerte de los judíos; pero como sentía horror por el sentimentalismo, su talante compasivo se tornaba temerario y se interrumpía abruptamente con un mal chiste o con una ocurrencia descabellada que arruinaban la buena fe del gesto.

Los Estados Unidos, en Mencken, era el mismo tema musical que para Veblen, Ortega o el conde de Keyserling: la epopeya de un pueblo primitivo cuyo héroe, “el americano”, es una suerte, hoy diríamos que posmoderna, de hombre prehistórico. En un momento de calma, quizá Mencken habría concordado con Ortega, considerando, con él, que no es que los Estados Unidos fueran una nueva civilización, sino que eran un jovencísimo pueblo sin historia. Asombrarse ante los Estados Unidos, decía Ortega antes de la crisis de 1929, era ponerse en el plan de un viejo inverosímil que se felicita de que los jóvenes



Mencken en su oficina del *Baltimore Herald*, 1901



Mencken en su casa de Hollins Street, 1956

han inventado la juventud. Mencken y Ortega estaban equivocados: los Estados Unidos nunca fueron “la juventud de Europa” ni tampoco una Europa en agraz, sino un nuevo tipo de sociedad moderna, como lo intuyó el estafalario conde de Keyserling en el *Psychanalyse de l'Amérique* (1930), que a veces parece la crónica de un viaje a Marte.

Mencken, influido por las teorías históricas del panfletista francés Gustave Le Bon, consideraba que a los Estados Unidos lo amenazaba la decadencia interna. Si bien incurría en el contrasentido biográfico de considerar la hez de la tierra a los inmigrantes detenidos a hacer la cuarentena en Ellis Island, lo que a Mencken verdaderamente lo aterrizzaba era el sur, como historia y como metafísica. Más allá de Baltimore se extendían las tierras de Moronia (por *moron*, imbécil). Sólo los negros, decía un Mencken que actualmente pasa por un pionero difusor de la cultura afroamericana, valen la pena en ese desgraciado territorio, representando a la pureza en medio de la degradación. El sur es una tierra yerma donde no crece ni crecerá ningún vestigio de verdadera cultura

europaea, desierto habitado por bobos, simplones y rústicos, y acaudillado por fundamentalistas protestantes. Sólo los linchamientos animados por el Ku Klux Klan, que Mencken denunció, rompían la calma fatal de los villorrios sureños.

8. ¡EL SUR, EL SUR!

There is an invariable tendency among inferior men to magnify their own importance and puissance by organizing a party. This tendency is clearly visible in the literary field. The so-called Regionalists of the South, who made a great power in the 1930s era, were simply a gang of eight-rate poets who fought to give their maundering some dignity by ascribing to it a profound political purpose. The same thing is true about the Imaginists, and the so-called proletarians... the literature of the world is not written by such joiners. It is the exclusive product of independent men (1956, p. 71).

La abominación del sur, resumida en “The Sahara of the Bozart” (1920), su invectiva maestra así titulada como burla a la pronunciación sureña de *beaux-arts*, es algo más que una consecuencia de la Guerra Civil, el llamado de un vencedor a culminar la obra civilizatoria y borrar aquella barbarie formada durante los horrores —admitía Mencken— de la Reconstrucción de 1865. Ese ánimo extremo fue propiamente fronterizo: en Maryland termina el norte y comienza el sur en una “línea invisible” que atravesó la vida de Mencken. El norte, dijo, tampoco produjo una civilización pero al menos impuso un gobierno. Su odio contra el sur es un pro gresismo y un modernismo: sus sarcasmos van dirigidos contra la honorabilidad tradicional y la vanagloria rústica que aqueja a todas las sociedades que se creen eternas e inamovibles porque son agrarias o suponen serlo. Quien desee munición anticampesina, que la busque en Mencken.

Es comprensible que Mencken, en la geografía intelectual estadounidense sea contado entre las cabezas de la escuela conservadora. Es conservador porque es antiestatista y antisocialista pero es imposible reclutarlo entre los tradicionalistas. Mencken deploraba el culto a la comunidad y al poder religioso en cualquiera de sus manifestaciones. Fuera del ámbito anglosajón es difícil no incluirlo entre los liberales (como ocurre a veces con Edmund Burke) más acérrimos por su obsesión por la libertad de conciencia.

Un ejemplo de cómo pensaba Mencken, que tiene alguna actualidad dado el debate imperante en los Estados Unidos sobre la compatibilidad entre las libertades civiles y el combate al terrorismo mahometano, está en su actitud ante el Red Scare de 1919. En aquel año, la paranoia antibolchevique del gobierno creó un pánico social que llevó a la cárcel (y en algunos casos, como en

el de Sacco y Vanzetti, al cadalso) a cientos de sindicalistas, socialistas y anarquistas. Mencken condenó las persecuciones argumentando que el proletariado nativo, a quien los métodos de producción inventados por Ford hacían feliz, jamás cobraría ningún interés por el comunismo. Esa campaña de terror era sólo un pretexto usado por la plutocracia para despojar a los ciudadanos de sus derechos y ponerlos a la orden de una multitud histórica de detectives, informadores y agentes provocadores. Un puñado de rojos (algunos de los cuales publicaban en *The American Mercury*), concluía Mencken, no eran motivo suficiente para cancelar la libertad de prensa en el país.

Pese a que funciona una nutrida Mencken Society y es un autor al cual sus lectores nunca han abandonado, sólo algunos libertarios reivindican actualmente, en los Estados Unidos, al periodista de Baltimore. Es natural: si Mencken saliera de la nada a la que se resignó como ateo, preferiría volver a ella de inmediato: Moronia goza de buena salud y gobiernan en Washington (en 2007) los fundamentalistas del sur apenas molestados por los estatistas de siempre.

Nadie fue tan insultado en la historia estadounidense como Mencken pero nadie se sintió más cómodo en la impopularidad como él. Inclusive, editó una antología de las críticas recibidas que se titula *Menckenianna: A Schimpflexikon* (1928), en cuyas páginas aparecen los denuestos de escritores como Lawrence, Rebecca West o Chesterton (quien en realidad lo elogia) y de muchísimos editorialistas indignados. Pero quizá ninguna reacción sea tan expresiva como la de la Legislatura Estatal de Arkansas que pidió rezar por el alma de Mencken en piadosa respuesta a los heréticos denuestos recibidos.

Mencken no pasó impune por el reino de la opinión y recibió críticas atinadas que han trascendido a su virológica fama. La más severa, entre las que he leído, la escribió Donald Davidson, uno de los Nuevos Críticos del Sur, los agraristas conocidos como “los fugitivos” y a quienes Mencken no se cansó de satirizar. Davidson sugiere en 1926 que la estatura gargantuesca del crítico hace sentirse enanos a sus antagonistas. Pero confiesa que, tras temer que los rayos y las centellas del Juicio Final encabezado por Mencken destruiría el mundo, se ha asomado por la ventana para comprobar que los bobos, los simplones y los imbéciles siguen caminando por las calles ocupados en sus menudos asuntos, ajenos a la condena proferida desde Baltimore. Alguna razón de ser tendrá esa imperturbabilidad, apunta Davidson.

Davidson estima que la eficacia de Mencken es la de un crítico que no se siente tentado a jugar el papel de reformador, un pensador que no propone ninguna panacea para salvar a los hombres de su lamentable existencia. Y tras admitir que todo lo que dice Mencken contra la democracia es cierto y lo es desde el principio de los tiem-

pos, Davidson se pregunta por qué Mencken, fervoroso creyente en la teoría de la evolución, no es tan paciente ante el desarrollo de la especie democrática. Y termina por recordar que sólo sociedades como la de los Estados Unidos (y la inglesa) han leído, tolerado y permitido las diatribas de semejante misántropo.⁸

El propio Mencken es una de las pruebas de la majestad de la democracia liberal de la que se burla. Es imposible hallar a un ejemplar tan puro de *homo democraticus* como lo fue él: salvaje, libérrimo, y a la vez religiosamente ligado a la enorme comunidad de sus lectores. Borges, como siempre, lo dice mejor, hablando de la imposibilidad de que alguien como Mencken pudiera existir en otro lugar que no fuesen los Estados Unidos:

Suelo preguntar y preguntarme: ¿Sería concebible en este país un H.L. Mencken, un aclamado especialista en el arte de calumniar y vituperar al país? Me parece que no. El patriotismo, el pseudopatriotismo argentino es una pobre cosa desfavorida que está a merced de un epigrama casual, de un puntapié montevideano o del puño izquierdo de Dempsey. Una sonrisa, un inocente olvido, nos duelen. La popularidad de Mencken es obra de su denigración pertinaz de los Estados Unidos; un Mencken argentino —con éxito— es inimaginable.⁹

9. EL HOMBRE MÁS LISTO DEL MUNDO

Like any other man I have had my disasters, and like any other author I have suffered from recurrent depressions and despairs, but taking one year with another I have had a fine time in this vale of sorrow, and no call to envy any man. Indeed, I seem to have been born without any capacity for



Mencken y George Jean Nathan, 1947

Nadie fue tan insultado en la historia estadounidense como Mencken pero nadie se sintió más cómodo en la impopularidad como él.

envy, and to this fact, no doubt, is due a large part of my habitual tranquility, not sole complacency (1943, p. 315).

La decadencia de Mencken está estrechamente ligada a la duración y al apogeo del gobierno de Roosevelt (1933-1945), a quien mató una hemorragia cerebral como la que tres años después dejaría lisiado al escritor. Mencken no sólo detestaba a Roosevelt por razones ideológicas. También las había personales: en la ocasión en que el presidente tuvo a tiro al periodista, le disparó, ridiculizándolo en público. Mencken se quejó amargamente que el luto nacional por Roosevelt le impidiese asistir, por primera vez en cuarenta años, a su Saturday Night Club.

La edición póstuma de *The Diary of H.L. Mencken* (1989) causó escándalo por su incorrección política, al grado que intelectuales como Norman Mailer, Arthur Schlesinger Jr. y William Styron, tuvieron que hacer, en *The New York Review of Books*, una defensa pública de Mencken. Un ejemplo de la crueldad con la que se expresa en esas páginas viene a cuento porque ocurrió en 1945, días después de la muerte del Presidente y se refiere a otra muerte, la de la señora Fortenbaugh, no otra cosa que la vecina del crítico, puerta con puerta, durante medio siglo. Mencken describe a la pobre mujer como un prototipo de los imbéciles y de los hueros cuyas vidas siempre le parecerán inexplicables, absorbidos por sus mascotas, por sus criados negros y por la cumplida satisfacción que sentían al vegetar sin ningún deseo de informarse, de aprender o de pensar. La vida de la vecina, apuntaba el crítico en su diario, había sido tan insignificante como la de su perro. Cuando Mencken cruzó la puerta de los vecinos para darles, con algunos días de retraso, el pésame, ignoraba que sus últimos años serían, al menos para quien lo mirase en su terraza, tan insípidos o lamentables como los de la pobre Lillie Fortenbaugh.

La nochebuena de 1948 Mencken sufrió un derrame cerebral que lo dejó inhabilitado para leer y escribir durante el resto de su vida, que se prolongó durante los siguientes siete años, en los cuales quedó al cuidado de su hermano August. El ataque, que impidió que se llevara a cabo la cita entre Mencken y Evelyn Waugh, un novelista católico inglés con el que el ateo tenía mucho de qué hablar, puso término a una vida pública ya lastrada por la obnubilación.

No hay peor Mencken que aquel que, entrevistado por *Life* en 1946, hace un balance de la Segunda Guerra

Mundial insuperable por la cantidad de tonterías que dice quien se las daba de ser el más listo de los hombres. A guisa de “balance del mayor conflicto bélico de la historia”, Mencken, furioso porque Roosevelt “ganó su guerra”, lamenta que los rusos hayan puesto un pie en Europa occidental por primera vez desde 1683, que Italia haya sido reconquistada por los jesuitas, que Francia se convirtiera en colonia de Inglaterra, que al abandonar China y Malasia los japoneses condenaran a esos países al dominio británico, que los judíos se adueñaran de Palestina y que los jóvenes estadounidenses, despojados de lo mejor de su vida, tuvieran que empezar de nuevo en un país que Mencken profetiza que se hundiría en la miseria y el fracaso.

En 1950 Mencken cedió a la debilidad de aceptar la medalla de oro de la American Academy and National Institute of Arts and Letters, distinción pública que acaso en otras circunstancias habría rehusado. “¡Si al menos pudiera leer!” se lamentaba un escritor que tuvo que habituarse a la televisión, disfrutando de las películas de Fred Astaire y de las caricaturas de Walt Disney. No todo, empero, fue enfermedad e impotencia durante los años de postración. Todavía alcanzó a ver impreso *Minority Report: The H. L. Mencken's Notebooks* (1956), un último libro que Alfred Knopf, su fiel editor, le llevó a casa. Y tuvo en su secretaria de toda la vida, Mrs. Lohrfinck una verdadera prótesis, pues ella lo conocía tan bien que el ataque no alteró en mayor cosa el despacho de su correspondencia.

Mencken, a diferencia de la mayoría de los escritores prolíficos, supo autoeditarse muy bien, reescribiendo y reordenando sus artículos. Quienes han trabajado su archivo en The Enoch Pratt Free Library, no sólo editaron los diarios y las cartas que habían sido reservados para su publicación treinta y cinco años después de su muerte, sino que han podido armar libros enteros si-

⁸ Donald Davidson, “H. L. Mencken” (1926) en Robert M. Curden editor, *The Superfluous Man. Conservative Critics of American Culture*, ISI, Washington, 1999.

⁹ Jorge Luis Borges, “The American Language, de H.L. Mencken” (1937) en *Obras completas, tomo IV*, Emeccé, Buenos Aires, 1996, pp. 268-269. Otro latinoamericano que estimaba a Mencken fue el gran antropólogo brasileño Gilberto Freyre, quien le agradeció a Mencken el consejo que convirtió una tesis en la Universidad de Columbia en *Casa-Grande y Senzala* (1933). Véase el prólogo a la edición argentina (Emeccé, Buenos Aires, 1943, p. LXXXV).

guiendo sus intrucciones póstumas. Ése es el caso de *A Second Mencken Chrestomathy* (1995).

Mecanógrafo sublime, hijo de mamá, viudo precoz y anciano absorto en una veranda, Mencken recibió en vida los homenajes nada reticentes de quienes habían combatido sus ideas, como el “ortodoxo” G.K. Chesterton o el “liberal” Edmund Wilson: uno y otro, el guardián de la Iglesia y el compañero de viaje del comunismo, reconocían en él al crítico literario absoluto y al gran veterano de las guerras antipuritanas. El obituario del *Times*, en Londres, decía que en aquel antibritánico el estilo era el hombre.

La cruzada de Mencken, escribió Louis Kronenberger, el popular crítico de teatro del *Times*, contribuyó a que cada uno de sus lectores fuese menos beato y menos patriotero, enseñándole a desconfiar de la prensa y de los políticos, lo mismo que a denunciar los fraudes de los médicos y la intromisión de los predicadores. Nunca pretendió conocer la solución a los horribles males que denunciaba y tampoco prometió buscar el remedio. Mencken, concluyó Kronenberger, vivió representando, ya fuese como fiscal o como abogado, una larga y emocionante comedia en la corte. Podemos rechazar la evidencia que nos ofrece sin dejar de admirar la grandeza con la que se batió contra la ignorancia, la servidumbre y la mentira.¹⁰

10. MÚSICA DE CÁMARA

Find me a man who rejoices in Haydn and I will show you a man that any sane woman should be proud to hang (1910, p. 755).

El 28 de enero de 1956, su último día en el mundo, Mencken escuchó por la radio la matiné del Metropolitan Opera Saturday's, que le ofreció fragmentos de *Los maestros cantores de Nuremberg*. No apreciaba demasiado ni a la ópera ni a Wagner. Es probable que Mencken haya muerto acostado, esperando el sueño y escuchando música en la radio. Tiempo después del ataque había intentado tocar el piano, sin éxito, un vals de Strauss en su club. Su verdadera pasión había sido la música y quien lea *Mencken on Music* (1961), la antología que recopiló su devoto amigo, el músico Louis Cheslock, se encontrará con la estampa de un melómano puro y duro a quien le apasionaba lo esencial: Bach, Haydn, Beethoven, Schubert, Brahms y Schumann, en menor medida Mozart. No tenía en verdadera estima al ejército de los segundones, según él encabezados por los Tchaikovski, los Debussy y los Dvořák. Detestaba, sobra decirlo, el



Mencken en septiembre de 1940

mundo musical descubierto por Stravinski, a quien consideraba un profeta vandálico.¹¹

No sé si sea reconfortante comprobar que al escribir pequeñas biografías periodísticas de los grandes compositores o al reseñar conciertos provincianos, afloraba algo de aquello que combatía como crítico literario y comentarista político. Escribiendo sobre música se imponía a sí mismo un tono didáctico y popular; dejaba aflorar en él al sentimental (y hasta al cursi) y con ello revelaba su naturaleza más profundamente estadounidense, su patriotismo. Tratándose de la vida musical, de la formación de los intérpretes y de la enseñanza de los melómanos, Mencken festejaba las iniciativas que en otros terrenos le parecían grotescas concesiones a la muchedumbre. En ese caso no le parecían obscenos los subsidios gubernamentales ni la desinteresada cooperación de los simplones.

El estímulo de los lazos civiles que tanto le impresionó a Tocqueville de los Estados Unidos en su visita de 1831, a Mencken le parecía maravilloso si se dedicaba a la música y el crítico más antipático del mundo se transformaba en el vecino jovial que es el primero en llegar al concierto popular. En un ataque de celo rousseauniano, William Godwin había escrito en *Enquiry Concerning Political Justice* (1793) que el hombre vulnera su estado de naturaleza desde que se asocia en una orquesta. Mencken pensaba al revés: que dos, tres, cuatro, veinte personas se pusiesen de acuerdo para tocar una sonata para violín y piano, un trío de alientos, un cuarteto de cuerdas, una sinfonía le parecía al crítico la única forma genuina y civilizada de asociación y de comunidad. **U**

Coyoacán, mayo–octubre de 2007

¹⁰ Louis Kronenberger, *The Republic of Letters. Essays on Various Writers*, Knopf, New York, 1955, pp. 236–243.

¹¹ Louis Cheslock editor, *Mencken On Music*, Knopf, New York, 1961.